

mino á pié, subió á la diligéncia, y con ella llegó al término de su viaje. Entonces vió por vez primera cuán triste era su situación, pues acostumbrado desde su infancia á seguir ciegamente la voluntad ajéna, y habiendo trocado esta servidumbre moral por una nueva servidumbre dejando á su madre por la mujer á quien amaba, al verse abandonado á sí mismo y enteramente dueño de su albedrío, no sólo no supo apreciar los encantos que esta libertad tenía, sinó que le apesadumbró sobremanera un aislamiento para él tan nuevo.

No hay soledad más cruel é insufrible para los corazones lacerados que la de las grandes poblaciones, en las cuales crece aquella tanto más, cuanto mayor es su bullicio, pues el bullicio y algazara de la gente que cruza las calles indiferente al pesar del que sufre en silencio, forman con su dolor un contraste que lo hace más agudo aún que el completo aislamiento. Así le sucedió á Michel. Cuando se encontraba todavía en la carretera de Nantes creyó que en esta ciudad encontraría en la distracción un lenitivo á sus pesares; mas al llegar notó que se había equivocado. La imagen de Mary le seguía por do quier; en cada grupo, en cada pareja que encontraba al paso le parecía reconocer el rostro de su amada, y cada desengaño le causaba un dolor inexplicable. Viendo pues que su angustia y la agitación de su ánimo en vez de disminuir aumentaba por momentos, determinó volver á la posada donde se había apeado del coche, encerróse en un cuarto, y como al salir del cortijo, se puso á llorar amargamente. Pensó por un momento regresar á la Bouleuvre, arrojarle á los piés de Petit-Pierre y rogarle que le sirviese de intercesor con las dos hermanas, pesaroso ya de no haberlo efectuado antes por temor de herir la susceptibilidad de Berta; pero al formar este propósito recordó el objeto ó pretexto de su viaje, que era el de comprar algunos objetos de lujo que debían motivar su partida, y luego escribir la carta fatal que había sido el único y verdadero fin de su viaje á Nantes. Encima de la mesa había recado de escribir, cobró valor, y mojando el papel con tantas lágrimas como palabras estampaba en él, escribió lo siguiente:

«Señorita: debiera ser el hombre más feliz, y sin embargo creo que es preferible la muerte al dolor que me parte el corazón.

»¿Qué pensaréis, qué diréis cuando sepáis lo que no puedo

ocultaros por más tiempo sin mostrarme enteramente indigno de la bondad con que me tratáis? Y con todo necesito acordarme de vuestra benevoléncia, necesito la certeza de la magnanimidad que enaltece vuestra alma, necesito ante todo pensar que nos separa el sér que más amáis en el mundo, para atreverme á dar este paso.

»Sí, señorita, amo á Mary con todo corazón, ámola tanto que sin ella no quiero ni puedo vivir, y tanto que al hacerlos una declaración que otra persona de sentimientos menos elevados que los vuestros tomara tal vez por sangrienta injuria, tiendo á vos mis suplicantes manos para deciros: Dadme la esperanza de que podré adquirir el derecho de amaros como un hermano.»

Cerrada la carta, pensó Michel que sería algo difícil hacerla llegar á su destino, pues no pudiendo mandarla por ningún sugeto de Nantes, porque á ser fiel el mensajero corría grave riesgo su pellejo, y de no serlo, no estaba muy seguro el que lo mandase, pensó que podría encontrar en las cercanías de Machecul algún discreto aldeano á quien confiar el mensaje, cuya respuesta iría á esperar en el bosque en tanto que el labriego cumplía su encargo. Tomada esta resolución, salió á comprar algunos objetos que guardó en la maleta, y aplazó para el día siguiente la adquisición de un caballo que le faltaba para la próxima campaña. En efecto, á las nueve de la mañana del siguiente día salía Michel de Nantes para el país de Retz, montado en un excelente caballo normando y con la maleta en la grupa.

X

DONDE LA OVEJA CAE EN LA TRAMPA CREYENDO ENTRAR EN

EL REDIL

Era día de mercado, y tan numeroso el concurso de campesinos en las calles y muelles de Nantes, que al llegar Michel al puente Rousseau, lo encontró literalmente obstruido

por una compacta hilera de carros cargados de granos y hortaliza, de caballerías, de aldeanos con costales y cestos llenos de artículos para el abasto de la ciudad. El impacientísimo barón penetró sin vacilar en aquella baranda, y entonces vió que por el lado opuesto pasaba en dirección contraria una moza cuyo aspecto le hizo estremecer, pues aunque vestía como las demás aldeanas zagalejo con listas encarnadas y azules, capotillo de indiana y cofia con adornos comunes, parecíase tanto á Mary, que Michel no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Quiso retroceder, y levantóse entre el gentío una tempestad de gritos y denuestos que le obligó á dejar que su caballo siguiera el emprendido camino, quejándose de los obstáculos que lo entorpecían. Cuando hubo pasado el puente se apeó y buscó con la vista á quien podría dar á guardar el caballo, para ir á cerciorarse de que sus ojos no le habían engañado é indagar el motivo del viaje de Mary á Nantes.

En esto pidióle limosna una voz gangosa como la de los mendigos de todos los países, y pareciéndole á Michel que no le era desconocida, volvióse y vió en el último guardaruedas del puente dos fisonomías muy características para no habersele grabado hondamente en la memoria, las de Poca-Alegría y Polilla, asociados á lo menos por entonces para explotar la compasión de los transeuntes, cohonestando así un fin no extraño á los intereses políticos y mercantiles de maese Jaime. Fuése el barón á ellos y dijo:

—¿Me conocéis?

Poca-Alegría guiñó el ojo y contestó:

—Buen caballero, apiadáos de un pobre carretero á quien las ruedas de su carro rompieron las piernas en la cuesta de Baugé.—Tomad, buen hombre, dijo Michel poniendo una moneda de oro en la manaza de Polilla, y añadiendo en voz baja:

—He venido por orden de Petit-Pierre; guardadme el caballo por algunos minutos: voy á un negocio muy urgente.

Contestó el lisiado con una señal afirmativa, y entregándole el barón la brida, echó á correr hacia la ciudad. Desgraciadamente era tan difícil el paso para un pedestre como para un jinete, y por más que Michel dió al traste con su timidez codeando, empujando y exponiéndose á ser aplastado por algún carro, tuvo que resignarse á adelantarse penosamente y con suma lentitud entre la muchedumbre, de

modo que la aldeanilla debía llevarle considerable ventaja.

Ocurriósele entonces que del mismo modo que las demás habría ido al mercado, y allá se dirigió mirando por el camino con gran curiosidad á todas las campesinas, lo cual le acarreó algunas zumbas y estuvo á punto de ocasionarle dos ó tres reyertas. No viendo á la que buscaba, recorrió toda la plaza del mercado y calles adyacentes, sin encontrar ningún semblante parecido al de Mary.

Desalentado ya, decidido á retroceder y montar otra vez á caballo, al doblar la esquina de la calle del Castillo vió á veinte pasos de distancia la saya encarnada y azul que tanto le llamó la atención en el puente Rousseau. A pesar de la vulgaridad del traje, el paso de la aldeana descubría la elegante y aristocrática Mary; bajo su tosco vestido se adivinaba el esbelto y delicado talle de la señorita de Souday; admirábase bajo los pliegues de su capucha su nevado y gracioso cuello, y desprendíanse de ella los flotantes rizos de su sedosa y dorada cabellera. No cabía ya ninguna duda: la aldeana era Mary; y estaba Michel tan convencido de ello, que no se atrevió á adelantársela para verla más de cerca, limitándose á atravesar la calle, con lo cual acabó de vencerse de que no se había equivocado.

Sin que Michel acertara á comprender por qué razón había ido la joven á Nantes con semejante disfraz, hizo un esfuerzo de voluntad y se decidió á hablarla; mas cuando se dirigía á ella frente á la casa número 17 de la misma calle del Castillo, Mary abrió la puerta de esta casa y desapareció. El mancebo corrió hacia ella, pero la puerta había vuelto á cerrarse. Sin saber cómo explicarse lo que acababa de pasar, quedó un momento parado en la acera, no sabiendo si lamentar su desgracia ó atribuir á un sueño cuanto había visto. En esta situación se encontraba el ánimo del baroncito, cuando de repente sintió que alguien le tocaba el brazo, y, al volver estremecido la cabeza, vió al notario Lorient que le decía sorprendido:

—¿Vos aquí, señor barón?—¡Lo extrañáis, señor Lorient!

—Bajad la voz y no permanezcáis más tiempo en este sitio como si quisierais echar raíces en él: es un buen consejo que os ruego no desoigáis.—¿Qué avispa os ha picado, señor Lorient? No ignoraba que sois prudente, mas no creía que lo fuerais hasta tal punto.—Nunca sobra la prudencia, amigo mío. Vamos andando, y podremos hablar sin ser notados.

El notario se engujó con el pañuelo el sudor de la frente y prosiguió:

—¿Sabéis que me estoy comprometiendo de un modo atroz?—Que me emplumen si comprendo una palabra de lo que decís.—¿No lo comprendéis? ¿Con que no sabéis que os han inscrito en la lista de los sospechosos y que han dado orden de prenderos?—¡Bueno! que me prendan, replicó Michel impaciente y tratandó de llevar al notario frente á la casa donde había entrado Mary.—¡Cáspita! ¿con qué frescura lo decís! podrá ser muy filosófico; pero vuestra madre está tan sobresaltada con esta noticia, que si la casualidad no os hubiese puesto en mi camino, después de mi regreso á Legé os habría buscado en todas partes.—¡Mi madre! exclamó el mancebo hondamente conmovido. ¿Qué le ha pasado?—Nada; gracias á Dios está tan buena como puede estarlo una persona continuamente atormentada por la zozobra y los pesares, pues no debo ocultaros que tal es su situación.—¡Dios mío! ¿Qué estáis diciendo?—Lo que oís, señor barón; vos ya sabéis cuánto os amaba, cuántos cuidados pasaba por vos, cuánto os vigilaba antes que llegaseis á la edad de emanciparos de ella; y juzgad con esto cuál habrá sido su dolor al veros cercado de peligros tan terribles como los que estamos corriendo cada día. Ya podéis figuraros que sabiendo yo vuestras intenciones debía manifestárselas.—¡Cómo! ¿le habéis dicho?—Que os creía formalmente enamorado de la señorita Berta de Souday: ni más ni menos.—¡También él! dijo entre dientes Michel.—Y también le he dicho, prosiguió el notario, que probablemente pensabais casaros con ella.—¿Y qué ha contestado mi madre?—Lo que contestan todas las madres cuando se les habla de un matrimonio que reprueban. Pero seamos francos, amigo mío: como notario de las dos familias, bien puedo pedirlos que me habléis sin rebozo: ¿habéis pensado maduramente en lo que vais á hacer?—¿Y vos, preguntó Michel, participáis de las prevenciones de mi madre, ó sabéis alguna cosa que perjudique la buena reputación de la señorita de Souday?—Ni soñarlo, amigo mío, contestó Lorient en tanto que Michel dirigía inquietas miradas á la ventana de la casa donde había entrado Mary. Al contrario, tengo á las señoritas de Souday por las señoritas más puras y virtuosas del país, á pesar de las hablillas del vulgo y del necio apodo que les ha dado.—Pues ¿por qué desaprobadis también mi intento?—Tened en-

tendido que yo no emito ningún parecer, limitándome á aconsejaros que seáis precavido, pues más os costará conseguir lo que algunos calificarían quizás (perdonad la expresión) de tontería, que para olvidar una pasión muy justificada por cierto.—Querido Lorient, contestó el mancebo, que viéndose lejos de su madre estaba decidido á quemar las naves; el señor marqués de Souday ha tenido á bien otorgarme la mano de su hija, y por lo tanto es ociosa toda discusión acerca del particular.—Si las cosas han llegado á este punto, replicó el notario, nada hay que decir; sin embargo, debo advertiros que es muy grave contraer matrimonio á despecho de los padres. No seré yo quien os aconseje que desistáis de vuestro propósito, sinó que veáis á vuestra madre y la deís á entender lo injusto de sus prevenciones.—¡Sí! exclamó el mancebo comprendiendo cuán acertadas eran las observaciones del notario.—Vamos, añadió éste, ¿queréis que me encargue de hacerlo?—Sí, sí, contestó vivamente Michel para deshacerse de su interlocutor, pues creía oír ruido en la casa y no quería que Mary le viese hablando con el notario.—Está bien, dijo éste; mas tened entendido que en ninguna parte estaréis tan seguro como en la Logerie, pues sólo el crédito de vuestra madre puede evitar las funestas consecuencias de vuestra conducta. ¡Cáscaras! Confesad que de algún tiempo á esta parte estáis haciendo unas calaveradas de que nadie os hubiera creído capaz.—¡Bueno, bueno! contestó impaciente el joven.—Enhorabuena, huélgome de que así lo comprendáis. Me voy: tengo que marchar á las once.—¿Os váis á Legé?—Sí, con una señora á quien acompañarán luego á mi posada y que ocupará un asiento en mi tilburí; á no mediar esta circunstancia, me habría apresurado á ofrecérselo.—Sin embargo, eso no os impedirá dar un rodeo de media legua para hacerme un favor.—Con mucho gusto, amigo mío.—Pues id á la Boulevrè, y hacedme el favor de entregar esta carta á la señorita Berta.—¡Vive el cielo, señor barón, que olvidáis con mucha facilidad las circunstancias en que nos encontramos! ¿Sabéis que vuestra ligereza me espanta?—Ya veo que estáis azorado, y que saltáis de la acera al arroyo y del arroyo á la acera cuando se acercan ciertas personas que cualquiera diría que teméis os contagien al paso. Ea, hablad, señor notario. ¿Qué os sucede?—Que de muy buena gana cambiaría mi despacho por el más pobre de Francia, y que de algún tiempo acá ex-

perimento conmociones que acabarán por quebrantar mi salud, y quizás por costarme la vida. ¿Qué os decía yo, señor Michel? prosiguió el notario bajando la voz. En este momento acaban de meterme en el bolsillo cuatro libras de pólvora, y tengo tanto miedo que la camisa no me llega al cuerpo; cada cigarro que veo pasar por mi lado me horripila.

Adiós, señor Michel, y creedme, volved á la Logerie.

Con la alegría de que la carta llegaría á su destino, casi no reparó el barón el temor con que se alejaba el notario, y en seguida fijó la vista con mayor atención que antes en la casa, observando muy particularmente una ventana cuya cortinilla le pareció oscilaba, en tanto que detrás de los cristales le estaban acechando. Imaginóse que la joven le miraba por su obstinación en permanecer frente á la casa, y tomando la dirección del muelle, ocultóse tras una esquina desde la cual podía observar cuanto pasaba en la calle del Castillo. Al cabo de poco volvió á abrirse la puerta, y apareció la aldeana acompañada de un mozo que vestía humilde y holgada blusa y afectaba rústicas maneras.

A pesar de lo aprisa que pasaron por delante del baroncito, notó que el mozo, cuya distinguida fisonomía contrastaba tanto con la sencillez de su traje, bromeaba con mucha franqueza con Mary, la cual se negaba riendo á entregarle el cesto que al brazo traía y que sin duda él se ofrecía llevar. A este espectáculo el barón sintió su pecho traspasado por el aguijón de los celos, y convencido ya de que cuanto Mary le había dicho en voz baja, y de que aquellos disfraces tan extraños denotaban una intriga más amorosa que política, no quiso ya ver más, y ciego de furor se encaminó presuroso al puente Rousseau, esto es, en dirección opuesta. Al llegar al puente ya no encontró obstruido el camino por la muchedumbre, ni tampoco vió á su extremo á Poca-Alegría, á Polilla ni al caballo. Estaba tan agitado Michel que ni siquiera pensó en buscarlos, y como por lo que le dijo el notario sabía cuán peligroso para él hubiera sido dar parte del hecho á la autoridad, pues podía motivar su arresto, determinó continuar á pié el camino, y dirigióse á San Filiberto de Grandlieu.

En sus adentros maldecía á Mary llorando amargamente la traición de que era víctima, y estaba ya resuelto á seguir el consejo de Lorient de regresar á la Logerie y arrojarse á los brazos de su madre, más por lo que acababa de sucederle

que á instigación del notario. Había ya llegado á la altura de Saint-Colombin, abismado en sus reflexiones, cuando oyó tras sí el paso de los dos gendarmes que poco antes le habían seguido.

—¿Queréis hacerme el favor de enseñarme vuestro pase? díjole el cabo examinándole de piés á cabeza.—¿Cómo? preguntó admirado el mancebo; no lo traigo.—¿Por qué?—Porque no creí necesario llevarlo para ir de mi quinta á Nantes.—¿Cuál es vuestra quinta?—La de la Logerie.—¿Cómo os llamáis?—El barón Michel.—¿El barón Michel de la Logerie?—El mismo.—Si sois el barón Michel de la Logerie, dáos preso.

Sin más ceremonia y antes de que el joven pensase siquiera en emprender la fuga, lo cual le habría sido muy fácil atendida la indole del terreno, el cabo le asió del cuello de la levita, en tanto que el otro gendarme, practicando el principio de la igualdad ante la ley, le ponía las esposas sin despegar los labios.

Hecho eso en pocos segundos merced al pánico del prisionero y á la destreza del gendarme, los dos agentes de la autoridad llevaron al barón á Saint-Colombin, y encerráronle en una especie de bodega ó cárcel provisional, contigua al cuerpo de guardia de la tropa allí acantonada.

XI

DONDE POLILLA DEMUESTRA QUE Á ENCONTRARSE EN LUGAR DE HÉRCULES HUBIERA EJECUTADO VEINTE Y CUATRO TRABAJOS EN VEZ DE DOCE.

Las cuatro de la tarde serían cuando fué encerrado el barón en la cárcel improvisada del cuartel de Saint-Colombin. Poco acostumbrado al principio á la densa oscuridad que allí reinaba, fuele preciso pasar un buen rato sondeando las

tinieblas, para que sus ojos pudiesen observar los inconvenientes de su calabozo, el cual era una especie de bodega de unos doce piés cuadrados, reuniendo todas las condiciones de seguridad que á la sazón exigía su destino. Esta bodega estaba situada debajo del nivel del terreno. Por paredes tenía los mismos cimientos del edificio, siendo por lo tanto más gruesas y macizas de lo regular; por piso la desnuda tierra, convertida en lodazal por la humedad. Antes la luz entraba por un ancho respiradero que en atención á las circunstancias se había tapado por dentro con fuertes maderas y por fuera con una grandísima rueda de molino, por cuyo agujero penetraba un débil rayo de luz que, amortiguado por los maderos, alumbraba muy escasamente el calabozo. Veíanse en medio de este los carcomidos restos de una prensa de cidra con una pila redonda de piedra, esmaltada de plateados arabescos por los caprichosos paseos de las babosas y los caracoles. Cualquiera otro que Michel habriase desesperado al notar que no quedaba ninguna esperanza de evasión al encarcelado en aquella mazmorra: él sólo la había inspeccionado por mera curiosidad, y habiale abatido tanto la primera herida que recibió en el corazón, que su ánimo se encontraba en aquella situación en que el hombre es insensible á cuanto pasa en derredor suyo. En cuanto vió que le era forzoso renunciar á la halagüeña esperanza que por tanto tiempo había acariciado, en cuanto comprendió que le era imposible obtener el amor de Mary, poco le importaba morar en un palacio ó en un calabozo, pues su desdicha era igual en entrambos. Sentóse en la pila y púsose á reflexionar sobre quién podía ser el joven de la blusa que acompañaba á Mary, dando solamente treguas á los arrebatos de sus celos para recordar en su melancólico abatimiento los primeros días de sus relaciones con las dos hermanas; pero así las reflexiones como los recuerdos torturaron su corazón, pues como dice el poeta florentino, el gran cantor de los tormentos infernales: El peor de los males es la memoria de los tiempos felices en el infotunio.

Dejemos al barón entregado á sus pesares, para explicar lo que estaba pasando en otro paraje del cuerpo de guardia de Saint-Colombin.

Este punto, materialmente hablando, hacía algunos días que estaba ocupado por un destacamento de tropa, y consistía en un vasto edificio, cuya fachada daba al patio, y su tra-

sera al camino de Saint-Colombin á Saint-Philibert de Grandlieu, á un kilómetro de aquella aldea y á unos doscientos pasos del camino de Nantes á Sables d'Olonne. Construido sobre ruinas y con los restos de un antiguo castillo feudal, alzábase este edificio en un collado que dominaba los alrededores, y atendida su ventajosa posición, al volver de Machecul el general había dejado allí veinte hombres, destinando aquel sitio para centro de operaciones, en donde en caso necesario las columnas se refugiaban, al propio tiempo que para depósito provisional de prisioneros hasta tanto que se les pudiese enviar á Nantes debidamente escoltados.

Los cuerpos del edificio consistían en una espaciosa sala y en una troj: situada aquella encima del calabozo de Michel, y por consiguiente á cinco ó seis piés del suelo, servía de cuerpo de guardia, y subíase á ella por una escalera construída con los restos de la torre y paralela á la pared; la troj servía de cuartel, donde los soldados dormían sobre la paja. Guardado militarmente el puesto, habían colocado un centinela en la puerta del patio, que daba al camino, y un vigía en una torre coronada de hiedra, lo único que había quedado en pié del vetusto castillo feudal.

Sobre las seis de la tarde serían cuando los soldados estaban sentados en algunos rodillos arrimados á la pared de la casa, disfrutando el grato calor que despide el sol al ponerse y el espléndido panorama del lago de Grandlieu que á lo lejos se divisaba, en cuya rizada superficie reflejábbase el astro del día, pareciendo una gran plancha de hierro candente. A sus piés se veía el camino de Nantes, atravesando la llanura cual cinta tendida sobre verde alfombra. Confesemos empero que nuestros héroes de pantalón encarnado observaban más atentos lo que en aquel camino pasaba que el magnífico espectáculo de la naturaleza.

Los labriegos dejaban los campos, los rebaños volvían al aprisco, y el camino era bastante transitado para animar más el panorama: cada carro de heno, cada grupo que regresaba del mercado de Nantes, y en especial cada aldeana de corta saya, inspiraban á los ociosos guerreros reflexiones y chistes sin cuento.

—¡Hola! dijo uno de pronto. ¿Qué es aquello?—Algún músico ambulante.—¡Ca! exclamó otro. ¿Te figuras que aun nos hallamos en Breñaña? Aquí no hay más que cople-

ros.—¿Qué lleva pues á cuestras sinó un instrumento?—Sí, un organillo, añadió otro.—¡Vaya un organillo! replicó el primero; más tiene trazas de alforja. ¡Si es un mendigo! ¿No ves el uniforme?—¿Háse visto jamás alforja con ojos y narices? replicó otro; mira, Pablo.—Pablo tiene los brazos largos y la vista corta; no todo se puede tener.—El caso es, dijo el cabo, que yo solo veo á un hombre que lleva otro á cuestras.—Tiene razón el cabo, gritaron en coro los soldados.—Siempre la tengo, respondió el de los galones; primero porque soy vuestro cabo, y luego porque soy vuestro superior; y si alguien duda de ello, no tardará en convencerse por sus propios ojos, pues aquí se encaminan.

El que promovía esta discusión, y en quien habrá conocido el lector á Polilla, así como en el organillo ó alforja á Poca-Alegría, empezaba á subir el collado de Saint-Colombin.

—¡Habrás pícaros! dijo un soldado. ¡Pensar que si ese tunante nos encontrase solos á la vuelta de un sendero nos endilgaría un balazo, y ahora... ¿No es verdad, cabo?—Puede ser, contestó éste.—Como ve que somos muchos, el maldito hipócrita viene á pedirnos limosna.—Que me emplumen si le doy un céntimo, dijo el primer soldado.—Aguarda, añadió otro cogiendo un guijarro; voy á tirarle esto al sombrero.—Te lo prohíbo, dijo el cabo.—¿Por qué?—Porque no lleva.

Los soldados soltaron la carcajada á ese chiste, reputándolo unánimes por muy agudo.

—Veamos, dijo un soldado, cualquiera que sea su oficio, debemos aprovecharnos de su habilidad; no abundan tanto las diversiones en esta casucha que desdeñemos el espectáculo que se nos ofrezca.—¿Un espectáculo?—O un concierto; todos los aventureros de este país tienen algo de trovadores; le haremos cantar cuanto sepa, y de este modo pasaremos alegremente la noche.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras, cuando el mendigo llegóse á ellos y les tendió la mano con suplicante ademán.

—¿Qué tal? ¿No había dicho yo que era un hombre lo que llevaba?—Y te equivocaste, replicó el cabo.—¿Cómo?—No era uno, sinó medio hombre.

Riéronse los soldados á ese segundo chiste.

—Ese sí que no gastará mucho en pantalones.—Menos

en botas, añadió el cabo.—¡Voto á tall y qué feos son, dijo Pablo, parece un mono montado en un oso.

Polilla permanecía impasible en tanto que los soldados soltaban pulla sobre pulla, y alargaba la mano con semblante cada vez más lastimoso, mientras Poca-Alegría, en calidad de orador de la asociación, repetía con voz gangosa:

—¡Una limosna, hermanos, por amor de Dios! ¡una limosna á ese pobre carretero, á quien su carro rompió las piernas en la cuesta de Ancenis!—Cuidado que han de ser muy bolos, dijo un soldado, para pedir limosna á los que como nosotros están bailando el pelado. Sabed, amiguitos, que todos nuestros bolsillos juntos no contienen la mitad de lo que lleváis en los vuestros.

Al oír Alain esas palabras modificó su fórmula y dijo:

—Hermanos, un mendrugo de pan por amor de Dios; si no tenéis dinero, puede que tengáis pan.—Sí por cierto, dijo el cabo: tenemos y tendrás pan, sopa, y una tajada de vaca si la hay todavía; y tú ¿qué nos darás en cambio?—Rogaré á Dios por vosotros.—Que me place; nunca sobra una buena oración, mas no basta; vamos á ver, perillán, ¿no llevas alguna andrómina en la cartuchera?—No os comprendo.—Quiero decir que á pesar de vuestras feas trazas sabréis cantar algunas lindas coplillas; con que adelante la música en pago de la cena.—Más vale otra cosa, cabo; decidles que el de las piernas de carne haga una voltereta sin soltar al de las de palo.—Ya caigo, dijo Alain.—Me alegro, contestó el cabo.—Queréis que os divirtamos.—Eso es, diviértenos cuanto puedas, pues tu país es muy fastidioso.—Pues os aseguro, dijo Alain, que vais á ver cosas nuevas para vosotros.

A pesar de la vulgaridad de esta promesa, exordio ordinario de los saltimbanquis, no dejó de picar la curiosidad de los soldados, que sin decir más rodearon á los dos mendigos con interés casi respetuoso.

Hizo Poca-Alegría un movimiento indicando á Polilla que le dejara en el suelo, y con pasiva obediencia le sentó el gigante en unos restos de almendra cubiertos de ortigas, á la derecha del rodillo que servía de poyo á los soldados.

—Pues no está mal enseñado, dijo el cabo, y casi casi tengo ganas de echarle la mano y venderlo al mayor que no puede hallar un pavo á su gusto.

En esto Alain puso en la mano de Polilla un guijarro; apretólo éste entre sus dedos, y abriéndolos después, enseñó la piedra desmenuzada.

—¡Cáspita! es un Hércules; eso reza contigo, Pablo, dijo el cabo.—¿Sí? pues vamos á verlo, contestó éste corriendo al patio.

Sin parar mientes en la palabra ni en la acción de Pablo, continuó Polilla flemáticamente sus ejercicios, y asiendo á dos soldados por el cinturón, levantólos despacio con los brazos extendidos, y después de tenerlos algunos momentos en esta postura, los dejó en pié como si tal cosa, en medio de los aplausos de los soldados.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¿Dónde estás? Este sí que te da quince y falta.

Y cual si siguiera un programa de antemano trazado, Polilla añadió á los dos primeros soldados otros dos sentados á horcajadas en los hombros de aquellos, levantando á los cuatro con sorprendente facilidad. Acabábalos de poner en el suelo, cuando llegó Pablo con dos fusiles.

—¡Bravo, bravo, Pablo! gritaron todos; y alentado éste por las aclamaciones de sus camaradas, dijo:—Esas son tortas y pan pintado. Veamos, Fierabrás, si eres capaz de hacer lo que voy á enseñarte.

Y metiendo un dedo en el cañón de cada fusil, los levantó con los brazos extendidos á la altura de los hombros.—¿Y qué? dijo Alain, en tanto que Polilla miraba al soldado con una contracción de labios que podía muy bien tomarse por desdeñosa sonrisa; id á buscar dos más.

Trajéronlos, y á dedo por cañón, levantó Polilla con una sola mano los cuatro fusiles á la altura de los ojos, sin que sus músculos indicasen el menor esfuerzo, con lo cual demostró que Pablo distaba mucho de competir con él; y sacando luego una herradura, doblóla como una correa. A cada uno de estos ejercicios miraba Polilla á Poca-Alegría con ojos que pedían una sonrisa, y éste le indicaba con la cabeza su satisfacción.

—Vamos, le dijo Alain, hasta ahora sólo has ganado la sopa; á ver cómo te compones para ganar un asilo para esta noche. ¿No es verdad, hermanos, que si mi camarada hace algo más sorprendente nos daréis un poco de paja y un rincón de establo para descansar esta noche?—Lo siento mucho, compañero, pero no puede ser, dijo el sargento que

llegaba en aquel instante atraído por las voces y algazara de los soldados; es absolutamente imposible, pues la consigna es muy severa.

Esa contestación pareció contrariar á Poca-Alegría, cuya cara de guardaña se puso seria.

—¡Qué diantre! añadió uno, abriremos una suscripción para juntar dos reales, y con ellos podréis tener en cualquier posada un lecho mucho más blando que la pluma de centeno.—Y por cierto, replicó otro, que si ese bucéfalo que te sirve de cabalgadura tiene tantas fuerzas en las piernas como en los brazos, no te debes apurar por kilómetro más ó menos.—¡Ea, ea! gritaron impacientes los soldados: vamos á ver la grande habilidad, el nuevo prodigio.

Consideró Poca-Alegría que sería de muy mal amigo dejar que Polilla perdiera la oportunidad de aquel entusiasmo, y accediendo á los ruegos de los espectadores con una condescendencia que probaba cuánta confianza tenía en las fuerzas de su compañero, les dijo:

—¿Tenéis por ahí algún sillar, tronco, ó cosa por el estilo que pese cincuenta ó sesenta arrobas?—A no ser que queráis la piedra en que estáis sentado... dijo uno.

Alain se encogió de hombros y contestó:

—Si tuviese asidero, Polilla os la levantaría con una sola mano.—O la rueda de molino que tapa el tragaluz del calabozo, dijo otro.—¿Por qué nó la casa entera? dijo el cabo; recuerdo todavía que erais seis hombres para moverla y eso con palancas, y al ver cuán poco adelantabais pateaba de ira, porque mi grado no me permitía ayudaros, y desahogábame llamándoos haraganes.—Bien se está la rueda en el tragaluz, añadió el sargento; la consigna prohíbe quitarla, pues hay un preso en el calabozo.

Poca-Alegría guiñó el ojo á Polilla, en tanto que éste sin hacer caso de las palabras del sargento se dirigía á la muela.

—¿Habéis oído? dijo el sargento asiéndole del brazo; no hay que tocar la rueda.—¿Por qué? preguntó Alain, si la quita la volverá á poner en su lugar.—Además, observó un soldado, no hay temor de que se escape el preso; es un señorito que parece una mujer disfrazada; al principio creí que era la duquesa de Berri.

El cabo, que al parecer ardía en deseos de presenciar la hazaña de Polilla, añadió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Perded cuidado, sargento; está muy ocupado en llorar para que piense en fugarse; cuando hemos ido Pablo y yo, es decir, yo y Pablo, á llevarle la comida, lloraba como una Magdalena.—Adelante pues, dijo por último el sargento que quizás no les iba en zaga en curiosidad; que lo pruebe; se lo permito bajo mi responsabilidad.

Al oír Polilla esas palabras, asió la muela por su base, y apoyando en ella las espaldas, por más que hizo no pudo moverla. Aproximóse entonces Polilla, é hizo notar á los soldados que su grandísimo peso la había clavado en el suelo como cosa de cuatro ó cinco pulgadas, lo cual paralizaba los esfuerzos del coloso, impidiéndole llevar á cabo la prometida proeza; y cogiendo un canto, apartó la tierra hasta dejar del todo la muela descubierta. Volvió de nuevo Polilla á la interrumpida tarea, y en seguida la levantó más de un palmo del suelo, sosteniéndola por algunos segundos.

Atónitos y suspensos los soldados rodearon á Polilla dándole las más explícitas muestras de cuanto les había admirado, á las cuales parecía el coloso completamente insensible; y aclaméronle frenéticamente, cuya admiración comunicándose al cabo subía al sargento por el orden natural de grados. Tratábase de llevar en triunfo á Polilla hasta la cantina, donde debía dársele el premio de su fuerza, mientras juraban con todos los votos conocidos y desconocidos del dios Marte, que no sólo se había hecho acreedor al pan, sopa y vaca prometidos, sinó que ni la mesa de un general ó la del rey de los franceses estaría de más para sustentar á semejante atleta.

Como hemos dicho, no se mostraba Polilla ufano con su triunfo, y con la vista fija en Alain parecía que le preguntaba:

—¿Estáis satisfecho, mi amo?

Poca-Alegría, por el contrario, estaba radiante de gozo, sin duda á causa de la impresión que había hecho en los espectadores aquella fuerza que era más suya que de aquel á quien la naturaleza la había concedido. Quizás su contento dimanaba también del éxito de una acción que acababa de hacer con suma destreza en tanto que los demás estaban mirando á su camarada, acción que consistió en poner debajo de la muela el guijarro que en la mano tenía, de manera que la mole que cerraba la tronera de la prisión des-

cansaba en equilibrio sobre aquel, bastando la fuerza de un niño para derribarla.

En tanto los soldados acompañaron á los mendigos á la cantina, en donde Polilla excitó de nuevo su admiración con otra proeza: tras una grandísima olla de sopa, le sirvieron cuatro raciones de vaca y dos panes de munición, uno de los cuales se lo comió con las dos primeras raciones, y como si cambiando de sistema esperase encontrar más sabrosos los manjares, partió el otro, quitóle la miga, que fué tragándose como por vía de pasatiempo, puso la carne en el hueco que aquella había dejado, é hincó el diente en el pan con una energía que le valió una salva de aplausos. Al cabo de cinco minutos el pan había desaparecido con tanta presteza y facilidad como si lo hubiese pulverizado la muela que antes levantaba, y sólo quedaban algunas migajas que Polilla recogía cuidadosamente con todas las trazas de estar dispuesto á empezar de nuevo. Al notarlo, diéronle otro pan, y aunque seco, tuvo el mismo destino que los anteriores.

Los soldados no cabían en sí de gozo. De muy buena gana habrían sacrificado todos sus víveres á trueque de llevar aquel experimento hasta el último punto; mas el sargento creyó del caso poner coto á su científica curiosidad. Por su parte Alain volvió á ponerse tan mal humorado como poco antes, tanto que llamó la atención de los soldados, y el cabo le dijo:—¿Qué es eso, buena pieza? Comes y bebes á expensas de tu camarada, lo cual no es justo, y parécenos que debieras cantarnos alguna cosita, siquiera para pagar tu escote.—Lo mismo digo yo, añadió el sargento.—¡Que cante, que cante! gritaron los soldados.—¡Oh! algunas canciones sé, contestó Poca-Alegría.—Pues mejor que mejor.—Tal vez no os gustarán.—Con tal que no sea alguna de esas malditas canciones del país, que el diablo se lleve, lo demás poco importa; en Saint-Colombin somos indulgentes.—Entiendo. Os fastidiáis, ¿no es eso?—Muchísimo, contestó el sargento.—No pedimos que cantes como Nourrit, dijo un parisiense.—Lo esencial es que sea chusco, añadió otro soldado.—Me habéis dado pan y vino, dijo Alain, y nada puedo negaros; pero os repito que quizás no os gusten mis canciones.

En efecto, no bien acabó Poca-Alegría la primera estrofa, cuando á la sorpresa que excitaran sus primeras palabras

